

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8608.

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16.º de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Lunes 7 de Julio de 1890.

LA SEMANA ANTERIOR

Triste, muy triste para la Redacción de este periódico ha sido la semana que acaba de terminar.

Ver á nuestro Director sumido en desconsuelo profundo, derramar copioso torrente de lágrimas ante el cadáver de su padre, aquel honrado caballero que tantas veces nos alentó en el camino del trabajo y á quien tantos como buenos consejos debíamos, ha sido para nosotros una nota harto aflictiva.

¿Quién había de decirnos, horas antes del momento terrible, que íbamos á perderle para siempre?

Solo tenemos un consuelo; el de saber que con nosotros toda Cartagena ha tomado parte en el sentimiento que embarga el ánimo de la familia del finado.

Hállale sido á éste leve la tierra, y si vase el Altísimo derramar sobre su esposa é hijos el dulce bálsamo de la resignación.

También nos ha producido hondo pesar ver sufrir á un ángel—bailó como los del cielo—al hijo de nuestro querido amigo D. Pablo Bosch, los horrores característicos de la enfermedad diftérica.

Pero, felizmente, la ciencia logró combatir la dolencia, y con el restablecimiento del niño sus padres adquirieron la tranquilidad, que durante muchas horas habían perdido.

En buena hora haya mejorado la tierna criaturita.

Dadas las noticias que sobre epidemia nos dan los periódicos y despachos telegráficos, se ha dispuesto aplazar la realización de nuestra feria.

Esta medida, que no ha sido del general agrado, la creo muy dentro de la razón.

Mas como cada cual piensa á su modo, hay muchas opiniones.

Para mí, antes que la feria está la salud, y si con suprimir aquella se adquiere la probabilidad de que ésta continúe inalterable, me doy por satisfecho.

La compañía de Vico sigue funcionando y obteniendo honra y provecho.

La noche que se verificó el beneficio de actor tan eminente, daba gusto ver el teatro.

Pedir más gente hubiera sido pedir un imposible.

Se representó *Guzmán el Bueno*, y al público le pareció, más que ídem, sobresaliente.

Es mucho antes Vico.

Ya hemos empezado á pasarnos por agua. Unos eligen, para hacerlo, la templada. Otros la fría, es decir, la natural, la que da el tiempo.

En éste, no hay nada mejor que bañarse. Hay quien se pasaría el día dentro del agua.

Aparte de que nos llegaríamos á liquidar, ésto sería hermosísimo, delicioso.

A un amigo le preguntaba otro ayer tarde, donde le gustaba más bañarse. El aludido, después de hablar de las ventajas del

agua dulce, salada, caliente y fría, dijo seriamente:

—Yo prefiero bañarme en agua de rosas.

INYECCIONES HIPODÉRMICAS de esencias perfumadas

No hace mucho se ocupó el «Alredor del Mundo» del hecho curioso de que la preferencia por determinados perfumes puede servir de indicio casi seguro para descubrir el carácter y las inclinaciones de las personas.

Partiendo de esta base, que según dicen es realmente exacta, se han hecho durante algunos meses experimentos para ver si por medio de los perfumes se podía producir un carácter determinado y una inclinación fija en una persona.

El problema que se planteaba con estos experimentos era el siguiente: «¿Es producto del carácter del individuo la afición á determinados perfumes? ¿O es el uso de determinado perfume lo que produce el carácter?»

El resultado ha sido demostrar que existe algo de ambos términos del problema.

El doctor Roussel nada menos, el inventor de la transfusión de sangre, afirma que un médico amigo suyo, después de experimentar en cien jóvenes, ha descubierto que las inyecciones hipodérmicas de esencias perfumadas producen manifestaciones dinámicas ó estáticas, no solo en los sentidos, sino también en la mente.

Las inyecciones de almizcle producen amabilidad y afición al placer en la mujer.

Los jóvenes que han sufrido un tratamiento de inyecciones de esencias de rosas se vuelven altaneros, insolentes, pendencieras y egoístas.

El geráneo excita al atrevimiento y á la ambición.

La violeta engendra piedad y devoción.

La benzoina crea los ánimos soñadores, poéticos é inconstantes.

La menta—quien lo diría!—desarrolla los instintos comerciales y el género de agudeza conocido en castellano con el nombre de «gramática parda.»

La verbena excita el amor á las bellas artes.

El ámbar despierta la inspiración.

El pau-huli produce histeria.

El alcanfor inclina la materia hacia los instintos brutales y bajos.

La esencia de piel de Rusia es causa de intolerancia y de afición á no negarse ninguna satisfacción.

El onoponax engendra la locura.

Por último, el yang-yang, producto de nuestras islas Filipinas, es el perfume más peligroso de todos, porque produce la afición al vicio y á la disipación.

Padres, amantes y maridos, ya lo sabéis.

En vuestras manos está el desarrollar por medio de inyecciones hipodérmicas las virtudes que queráis en los seres queridos y el evitar en ellos el desarrollo de tendencias peligrosas.

En cuanto á los sibaritas, bueno es que sepan que existe un medio de perfumarse el cuerpo de una manera permanente é infalible, es decir, de convertirse en verdadera flor en cuanto á emanar aroma.

El doctor Roussel afirma que las inyecciones subcutáneas de esencias perfumadas penetran en la circulación de la sangre, perfuman por ende todo el cuerpo.

El porvenir pertenece á las inyecciones hipodérmicas, no solo en medicina, sino hasta en la vida elegante.

Variedades.

LA CAMPANA DE IMST

(TRADICION TIROLESA)

¡Qué alegre sonaba la campana de la iglesia parroquial de Imst.

Parecía que el genio de la música, tomando parte activa en el clamoreo de la lengua metálica, había realizado un prodigio, á cuya influencia hendían el aire con singular armonía plácidas notas, diferentes de las que, por lo común, deja oír el bronce.

Llamaba mi atención aquel tañido que de tal suerte se identificaba con la naturaleza del paisaje tirolés, saturando el alma de bienestar como compensación de las amarguras, y no podía explicarme el fundamento de los dulces acordes.

Diríase que el artifice llevó á cabo su obra con el propósito de regocijar á los habitantes de la aldea, y por cierto lo conseguía de manera cumplida.

Pero todo tiene su razón; y la campana de Imst, en vez de sustraerse á la ley general, viene á confirmarla.

He aquí la tradición que lo justifica.

II

El caballero Arolph de Rosensteiner poseía inmensas riquezas en plata y oro, que ocultaba cuidadosamente en el torreón de su castillo.

Uno de los mayores placeres consistía en bajar cada día al fondo del recalado escondite y gozar allí, á solas con el tesoro, esas voluptuosas emociones que únicamente puede concebir el avaro; porqué el susodicho sujeto lo era en grado superlativo y de tal suerte, que cuando se dedicaba á su tarea favorita llevaba consigo la llave del subterráneo de la torre, y ninguno de sus servidores tenía permiso ni aun para acercarse á aquel sitio misterioso.

La posteridad no nos ha transmitido el retrato del caballero Arolph, pero me lo figuro con los rasgos característicos que la avaricia imprime en el rostro de sus miserables sectarios: ojillos diminutos, vivos y traidores; labios delgados como la piel de la cebolla y palidos como la cera; frente deprimida; sonrisa glacial y barba casi estéril, de pelos ásperos y mates.

De repente, un acontecimiento inesperado vino á turbar el culto de Rosensteiner. Las gentes de Appzell, hermoso cantón de Suiza, aparecieron en las tierras de Arolph lanzando el terrible grito de guerra, y en presencia del peligro, vióse compelido el avaro á reunir sus hombres para agregarse á las bandadas de los caballeros, apercibidos á repeler la agresión.

Una idea le atormentaba: ¿qué iba á ser de su tesoro?

—¿Lo llevaré conmigo?—decía en íntimo soliloquio.—Pero no me atrevo. Los azares de la lucha podían hacer que fuese á parar en manos de los enemigos. ¿Lo dejaré bajo la vigilancia de mi esposa Valpurga? Pero ella puede caer en la tentación de quitármelo, y esto sería espantoso.

El esclavo de sus riquezas tuvo al fin un pensamiento que solucionaba á maravilla la dificultad.

Fundió el oro y la plata, los encerró en las viejas balas huecas de su castillo, y luego de soldadas éstas, las arrojó como cosa inútil al foso de la fortaleza, después de lo cual partió á la guerra.

III

La campaña presentóse desfavorable para la nobleza.

Imst fue derrotado, disperso el ejército de los nobles y Arolph hecho prisionero.

Desde entonces nadie volvió á saber del avaro, y su desolada esposa, creyéndole perdido para siempre, resolvió dejar sus dos hijos bajo la custodia de fieles servidores y entrar en un convento.

—¿Qué me importa el mundo—pensaba la infeliz esposa—si me falta la presencia del compañero de mi vida?

—Madre,—replicaba á su vez el menor de sus hijos;—no nos abandones.

—Mi pensamiento es para vosotros y para vuestro padre. Vivid en esta castillo; sed cumplidos caballeros, mas no intentéis modificar mi resolución.

Y, en efecto, Walpurga abandonó la señorial residencia y ocultó en el retiro del claustro sus lágrimas y su amargura; pero antes de salir del castillo sucedió que los habitantes de Imst, deseosos de dotar la iglesia del pueblo con una campana grande y hermosa, hicieron una cuestación entre los vecinos, y llegados á la morada de Walpurga, ésta creyó lo más oportuno al fin que se proponían ofrecer las balas que había en el foso.

El donativo fue aceptado con regocijo, porque el metal servía perfectamente al objeto; y en el momento de fundirse la campana, el tesoro del Sr. Rosensteiner pasó á formar parte de aquella.

Por cierto que estuvo bien utilizado. Nunca hubieran creído los buenos aldeanos que una campana pudiese vibrar con tan claro timbre.

Y lo tenía admirable, justificando más sorpresa cuando lo escuché con verdadero deleite.

Mas ¡ay! mayor todavía fue el asombro de Arolph, luego que trascurridos muchos años logró tornar á su castillo.

—¿Y mi esposa? ¿Y mis hijos?—preguntó afanoso al pisar los umbrales de su antigua morada.

—Vuestra esposa—contestó el escudero—no pertenece al mundo.

—¿Cómo? ¿qué decis?—gritó el caballero de Rosensteiner.—¿Ha muerto?

—No tal, pero...

—¡Habla! ¡Habla!

—Os creyó perdido para siempre, y buscó en un convento refugio apacible para su dolor.

—¿Dios clemente! ¿Y mis hijos?

—Viven aquí.

El recién llegado subió apresuradamente las escaleras y estrechó contra su corazón á sus hijos, que no esperaban el regreso de su padre.

En aquel solemne momento la campana de la iglesia parroquial dejóse oír con sus admirables tañidos.

—¿Qué escucho? exclamó Arolph.—Esa campana...

—¿Desconocéis su sonido?—repuso uno de los hijos del caballero.

—Sin duda. La que había hace muchos años no hablaba al alma, pero ésta parece que canta y llora, que ríe y suspira.

—Pues tú tienes participación en ella.

—Nuestra querida madre cedió para la fabricación de la actual campana las balas viejas del foso.

—¿Las balas viejas!

—Exactamente.

—Arolph guardó silencio, y pensó de este modo:

—Veo en lo sucedido la intervención divina.

El tesoro, que era el culto único de mi vida se ha transformado en campana que me